

“GENTE DE MI TIEMPO”, por *Luis Durand*

Nada me arredra para escribir sobre este libro de mi amigo Luis Durand: es una obra simpática; y ni siquiera menciona el nombre del escritor eclesiástico. No soy de su tiempo y frecuento muy poco los círculos literarios porque felizmente las ocupaciones pastorales me lo impiden. Además algunas frases picarescas dejan entrever que el autor es poco amigo de curas y frailes. No obstante, conmigo ha sido siempre sincero y bondadoso y tengo que agradecerle la acogida que hace a mis artículos en “Atenea”, máxime ahora que hay tanta escasez de papel y los directores de diarios y revistas, con mucha razón, echan al canasto la mitad de las colaboraciones que llegan a sus manos.

Un amigo, escritor y crítico muy competente, dijo que él no leería *Gente de mi tiempo* porque había mucha literatura valiosa, para ocuparse en obras superficiales como la de Durand. En el primer momento pensé que podía tener razón, pero por mi oficio de crítico, de la *Revista Católica*, tuve que leerla y dígame lo que se quiera, sus páginas avasallan en tal forma que no pude soltarla y en pocas horas llegué a la última. Es evidente que no se trata de un libro profundo, pero tampoco es baladí, por lo menos en general, sino de una obra de la que, con todos sus defectos sobre todo de sintaxis, tendrá que echar mano el futuro historiador de la literatura vernácula.

En las páginas vivas, sentimentales y chispeantes de Durand conocemos un poco el carácter de nuestros escritores, sus gustos y aficiones artísticas; las intrigas y envidias de los círculos literarios y las interminables enemistades que empequeñecen a los literatos de esta tierra. “En ese tiempo —dice— existía una más aparente fraternidad literaria. Toda esa gente hablaba de literatura con gran pasión. A nadie le interesaba otro tema que no fuese la literatura. Pero no existían esos tremendos rencores en que se ha dividido la

gente últimamente" (pág. 25) y más adelante corrobora todo esto, celebrando que en esa época, a la cual alude, "no se acogía con recelos lo que uno hacía, ni tampoco se mantenía en forma tan cerrada la corteza del egoísmo, que hemos visto asomar en muchos compañeros. Gente que lo ha conseguido todo. Gente que ha logrado hacer carrera exitosa dentro de las posibilidades que existen en un país tan pequeño como el nuestro. Y, sin embargo, permanece en la actitud del que cree que el mundo, que la fortuna o el éxito se hizo nada más que para ellos. Los demás que revienten. No serán ellos quienes alarguen la mano y presten su apoyo al compañero que sigue luchando. Desconsuela comprobar esto, cuando los años nos han entregado ya su carga de pesadumbre, en tantos otros aspectos de la vida" (pág. 113). Alguna vez he escrito, más o menos, estas mismas cosas y no por envidia ni amargura, porque he recibido, sin desearlos ni pedirlos, en edad muy temprana, los máximos honores literarios, sino porque considero que nuestros hombres de letras pierden un tiempo precioso en pequeñeces y ruindades.

Estos ligeros recuerdos aseméjense —*servantis servandis*— a *Algo de lo que he visto*, de Monseñor Crescente Errazúriz, libro muy discutido pero utilísimo. Lo mismo acaecerá con *Gente de mi tiempo*. Sin embargo, la obra comienza mal, porque, siguiendo a Pío Baroja, afirma "que él no es amigo de las mentiras y que siempre trata de decir la verdad. Que sólo miente en aquellas ocasiones en que no se puede eludir una mentira y se hace con ella un bien, o se sale de este modo de un trance desagradable para el que habla o el que escucha. Estoy en perfecto acuerdo con el viejo ameno novelista español. Creo que no hay para qué mentir sin gloria" (página 9). Los laicos, salvo honrosas excepciones, ignoran el significado moral de la palabra *mentira* y por eso caen en afirmaciones como la que acabamos de transcribir. Nunca es lícito mentir porque ello implica siempre deseo de inducir a error; el que miente viola la fidelidad que se debe guardar en el lenguaje, cuando existen las condiciones objetivas que él reclama. Ahora si un hombre no desea decir la verdad y calla, es indudable que no miente; pero es inmo-

ral hablar o decir algo contra la razón. Nunca se debe mentir para hacer el bien porque *non sunt facienda mala ut veniant bona*, no hay que hacer el mal para que vengan bienes. Es falso que del mal se sigan bienes.

Más adelante el autor afirma que Mariano Latorre, la figura central de estas memorias, leía un libro tan "rápido como los curas el Breviario" (pág. 61). ¿De dónde sacó Durand que los curas leemos muy rápido el Breviario? En él los sacerdotes hacemos la oración litúrgica, la más bella y poética de las plegarias, y hay que rezar en forma pausada, porque, según la ley eclesiástica, debemos pronunciar cada palabra. No niego que algún sacerdote lea aprisa, pero ese no reza *atente ac devote* y la excepción confirma la regla.

Finalmente Durand sostiene, en la página 81, una teoría curiosa, un poco adulterina del amor; y lo más triste es que nuestro amigo quiere explicar con ella ese "amor súbito de Pedro Prado" que es inverosímil tratándose de un hombre tan recto y espiritual como el autor de *Alsino*. Empero, D. Lucho escribe siempre en broma y el lector no debe olvidar que es novelista de exuberante imaginación y los novelistas no mienten, inventan...

El autor conoce muy bien a sus colegas. De casi todos los hombres de pluma nos presenta alguna señal característica, sin ahondar en la personalidad de ninguno. No obstante hay buenos retratos que serán muy útiles para el futuro historiador de las letras chilenas.

A D. Luis A. Silva Silva no le conoce, porque si hay un hombre sinceramente sencillo, campechano y bonachón, ese es mi querido amigo el director de "El Diario Ilustrado". D. Lucho no conoce ni de vista la pedantería.

Nos parece que D. Guillermo Labarca se equivocó en su apreciación de la obra literaria de Pedro Prado. Nuestro poeta fué un hombre atormentado y precisamente sus obras tienen esa grande emoción y sensibilidad que le niega el señor Labarca. Durand parece compartir este juicio tan errado.

La semblanza del inolvidable D. Arturo Alessandri es mag-

nífica, está hecha con el alma de Durand. En verdad tal vez ningún chileno ha rendido culto a la amistad como el León de Tarapacá. Esta hermosa y rara cualidad, que en cualquier país culto merecería elogio, aquí es motivo de acerbas críticas. Durand es hombre agradecido y no olvida al caudillo de 1920. Es una de sus muchas virtudes que le hace digno de estimación y respeto.

Sobremanera exactas y bellas las líneas que dedica a ese gran señor de las letras e incomparable amigo que fué D. Miguel Luis Rocuant. Pocos escritores más áticos, humanos y generosos que Rocuant. Su libro *En la barca de Ulises* es una lección de estética literaria que debían aprender, de memoria, los futuros maestros de literatura.

De Augusto Iglesias ha dicho, el autor, lo preciso. Habrá personas que discutan los méritos literarios de este escritor —que los tiene en alto grado— pero nadie podrá negar que “posee una condición muy estimable en los tiempos que corren, la lealtad con sus amigos. Los defiende a brazo partido y es capaz de hacer una hazaña por ellos” (pág. 172).

D. Samuel A. Lillo, mi venerado amigo, recibe también un justo y cariñoso homenaje de Durand. *Similia similibus curantur*. Tal para cual. Ambos son buenísimos.

El autor nos ofrece un juicio de Hernán Díaz Arrieta que se acerca mucho a la realidad; Alone es uno de nuestros escritores más finos y sagaces y ciertamente el crítico literario mejor dotado de este país.

En su admiración por Mariano Latorre, Durand, llega a decir que “le nombraron académico y no asistió a las sesiones, ni hizo el discurso de incorporación”. Esto no es exacto, Mariano Latorre fué elegido Académico Honorario y en calidad de tal ni estaba obligado a asistir a sesiones ni “debía” presentar discurso de incorporación.

*Gente de mi tiempo* distrae de los graves problemas de nuestra época. El lenguaje es dispar, desigual, aseméjase al de Vicuña Mackenna. Durand tiene páginas bien escritas y otras cuya sinta-

xis es pobre. Abusa del pronombre relativo y conjunción "que", del reflexivo "se" y de los artículos "la" y "el". Un hombre de su fama debe preocuparse más de lo que escribe.

Se critica al autor porque estudia superficialmente a no pocos literatos; pero no debemos olvidar que *Gente de mi tiempo* es un libro de recuerdos y no historia literaria. Por sobre todo esta obra es como la autobiografía de Durand y en cada página uno ve al hombre inteligente, sincero, afectivo y muy humano que como él dice "escribe poseído de una suave dulzura que le invade por entero" (pág. 210).—FIDEL ARANEDA BRAVO.